

el *criterio*. Mas el criterio, para reunir las condiciones precisas de una ciencia especulativa y práctica, necesita unidad de principios, capacidad de aplicaciones: es indispensable ir á sorprender su nacimiento en el secreto de la transición de la verdad al alma, y verle figurar en el pensamiento, en la palabra y en la conducta del individuo lo mismo que de la sociedad.

Corresponde pues á esta necesidad científica caracterizar el criterio, exponer sus principios mas universales y entrar inmediatamente en la carrera de sus aplicaciones. El primer grado de esta carrera, como el de toda ciencia, está en los hechos, porque sin hechos no hai relaciones, sin relaciones no hai leyes, sin hechos relaciones y leyes no hai ciencia, no hai conocimiento, no habria verdad. Fijados los hechos de un modo filosófico, conviene á saber, no solo en su existencia primitiva sino en la mirada que sobre ellos dirige el entendimiento, esto es, en el modo con que llegan sus relaciones á tener un carácter histórico, debe procederse á fijar el sistema exacto de una buena deducción, esto es, los principios de la lógica en su mayor universalidad. Hasta aquí llega el criterio de la *idea*, y de aquí parte el criterio de la *acción*, el criterio *ráctico*, la verdad aplicada á la conducta del hombre en todas las condiciones de su vida individual y social. Este es el criterio moral. Por último, la historia, la filosofía y la moral entran todas en el dominio vastísimo de la literatura, que comprende, como bien se sabe, cuanto pueda referirse á la expresión del pensamiento.

En esta distribución hemos reducido algo la que hicimos en el plan razonado de este curso, refundiendo en una sola parte bajo el título de *criterio moral* las tres secciones correspondientes al criterio moral, político y legal; pues las máximas de la conducta privada, las reglas de la conducta pública, la marcha social de las naciones y el sistema de las leyes, tratándose de la ciencia que aquí nos ocupa, vienen á colocarse todas dentro de los límites extensos del criterio moral. Esto supuesto, dividiremos esta tercera parte en cinco secciones, que tratarán:

LA PRIMERA, del criterio en general, sus principios racionales y sus diversas aplicaciones;

LA SEGUNDA, del criterio histórico;

LA TERCERA, del criterio lógico;

LA CUARTA, del criterio moral;

LA QUINTA, del criterio literario.

## DEL PENSAMIENTO

Y SU

# ENUNCIACION.

### TERCERA PARTE.

DEL PENSAMIENTO Y SU ENUNCIACION CONSIDERADOS  
EN EL SISTEMA DE LAS LEYES Á QUE ESTÁN SUJE-  
TAS SU ADQUISICION, CORRESPONDENCIA Y APLICA-  
CIONES DIVERSAS.

### SECCION PRIMERA.

DEL CRITERIO EN GENERAL, SUS PRINCIPIOS CARDINALES Y SUS DI-  
VERSAS APLICACIONES.

Es nuestro ánimo dar aquí sobre el criterio todas las ideas que pueden llamarse fundamentales, y por lo mismo comunes á todos los criterios; pero exponerlas de tal modo, que por su íntimo enlace manifiesten el carácter científico del criterio. Ahora bien, para hacer sensible desde el principio esta concatenación lógica, fijémos previamente una escala que sirva de pauta, digámoslo así, á la demostración: en consecuencia probaremos:

PRIMERO, que todos los objetos del hombre intelectual y moral se refunden en la verdad y el bien.

SEGUNDO, que el bien mismo se refunde en la verdad, y por tanto, que basta poseer los medios de adquirir la verdad y extirpar el error así en el orden especulativo ó intelectual como en el práctico ó moral, para garantir al entendimiento y á la voluntad en su marcha hácia la perfección y felicidad;

TERCERO, que existe la verdad y hai medios seguros para conocerla y aplicarla;

CUARTO, que el objeto del *criterio*, nombre con que designamos este conjunto de medios, es todo el hombre en sus relaciones directas ó indirectas con la verdad, y en consecuencia, que aquel abraza todas estas relaciones, comprende todos los órdenes en que se versan el entendimiento, la voluntad y la libertad; el individuo, la sociedad y todo el género humano;

QUINTO, que el criterio se desenvuelve en el mismo sentido que el pensamiento y la palabra: y es por tanto, indefinido en su carrera y determinado en sus diversas aplicaciones.

SEXTO, que hai por lo mismo un criterio general y varios criterios particulares. El primero, que se versa sobre la verdad en general, que analiza los medios comunes de adquirirla, é inquiero, para removerlas, las causas mas comunes de nuestros errores.

Explanadas estas verdades, deben tener su aplicacion general á los dos últimos objetos que acaban de indicarse; y por consiguiente, á indicar los orígenes mas comunes del error y los medios tambien comunes para asegurarse de la verdad.

Llegando á este punto, nada nos quedará por hacer en materia de principios generales, sino eslabonarles por una oportuna transicion con los vários especiales objetos que constituyen las ramificaciones del criterio. Tal será pues nuestra marcha en la seccion presente.

### CAPÍTULO PRIMERO.

TODOS LOS OBJETOS DEL HOMBRE INTELLECTUAL Y MORAL SE REFUNDEN EN LA VERDAD Y EL BIEN.

El hombre intelectual es el hombre usando de las facultades de su entendimiento, es decir, el hombre que percibe, atiende, reflexiona, compara, juzga, discurre, ratiocina, medita, contempla, observa, analiza, &c. &c., esto es, el hombre que piensa. Todas estas facultades y cuantas se versan en el sistema de las ideas, constituyen el entendimiento y concurren á su objeto: cada una de ellas tienen un objeto parcial y análogo; pero así como todas ellas vienen á refundirse en el entendimiento, así sus objetos parciales se dirigen de consuno, como á su centro, al objeto

comun del entendimiento. Ahora bien, este objeto es la verdad: luego todos los objetos del hombre intelectual vienen á refundirse en la verdad.

El hombre moral es el hombre movido en todo el sistema de su conducta bajo el doble influjo de la libertad y la lei: es el hombre queriendo ó repugnando, y obrando en el sentido de sus voliciones ó repulsas. Ya hemos visto cómo la voluntad humana reasume á su turno cuanto puede estar colocado en la categoría de lo que se quiere ó se repugna: hemos visto igualmente cómo nada quiere la voluntad sino bajo la razon de bien, nada repugna sino bajo la razon de mal: observemos ahora cómo él no repugna el mal sino para proporcionarse la exencion de ese mal, exencion que mira como un bien. ¿Qué resulta de aquí? que el objeto comun de la voluntad es el bien, ora consista éste en el goce de algun objeto positivo, ora consista en el goce de la exencion de un mal. Si pues el objeto comun de la voluntad es el bien, si el hombre moral es la voluntad libremente movida bajo el influjo de la lei, claro es que todos los objetos del hombre moral se reasumen en el bien.

Si pues el hombre intelectual y moral es el hombre pensando y queriendo, si es el conjunto del entendimiento con la voluntad, si ésta tiene por objeto el bien y el objeto de aquel es la verdad; es claro clarísimo, que todos los objetos del hombre intelectual y moral se refunden en la verdad y el bien.

### CAPÍTULO SEGUNDO.

EL BIEN MISMO SE REFUNDE EN LA VERDAD.

Para demostrar esto, basta reflexionar que hai bienes reales y bienes aparentes; que la voluntad nada quiere sino bajo la razon de bien; pero que bajo esta razon innumerables veces apetece, desea, quiere, busca, solicita males positivos. Mas este extravío de la voluntad no perjudica en manera alguna á la existencia metafísica de su objeto; pues basta que ella nada quiera sino bajo la razon de bien, para concluir que el objeto natural y directo de la voluntad es un bien positivo y no aparente.

Si el objeto de la voluntad es un bien positivo y no aparente, es necesario sin duda deslindar los títulos de cada objeto que se presenta á la voluntad bajo el carácter de

bien, para no recibir en este concepto lo que realmente sea un mal. ¿Y qué medios tenemos para obtener este resultado? no hai otros que la verdad. Desde que puede decirse sin réplica: "esto es un bien," puede decirse sin réplica: "esto es una verdad." Lo que se propone como bien, en sí mismo no es mas que un objeto, pues el carácter de bien nace precisamente de la verdad con que posea este carácter en sí mismo. He aquí porqué el bien no es mas que la verdad en práctica, la verdad concretada en las voliciones, en los actos y en los gozes, la verdad en sus aplicaciones morales, la verdad trasformada en virtud, en permission ó en merecimiento. La verdad es inconcusamente el fanal infinito que baña con su esplendor eterno los cielos y la tierra, la última razon de cuanto se piensa ó cuanto se hace. La verdad es lo que es. Si el bien *no es*, deja de ser bien; y deja de ser bien, porque deja de ser verdad. Concluimos de lo dicho, que el bien á su turno viene á refundirse en la verdad. La verdad, como hemos dicho en otra parte, tiene dos modos de ser, uno puramente intelectual y especulativo, otro moral y práctico: su destino es la perfeccion, su fin la felicidad. No hai perfeccion fuera de la conducta, no hai felicidad sin conducta perfecta; porque ¿qué es la verdad para el hombre moral? es la razon de lo que debe hacerse. ¿En dónde están los principios de esta razon? en el fin último de cada cosa. ¿En qué consiste la conducta? en el movimiento moral del hombre por el camino de su fin. He aquí cómo donde quiera sorprendemos la verdad, cómo la verdad es todo, cómo fuera de la verdad no queda sino la muerte y la nada.

Si pues la verdad reasume todos los elementos y objetos intelectuales y morales del hombre, los principios de su conducta y los caracteres infalibles de su fin último, poseer los medios de adquirir la verdad en la vasta extension de su objeto, en sus diversas ramificaciones, en su doble carácter de especulativa y práctica &c. &c., es poseer la ciencia de las ciencias, es contar con todo lo que al hombre es necesario y le basta para reconocer su origen, abrirse caminos, progresar á la perfeccion y conquistar la verdadera y única felicidad.

### CAPÍTULO TERCERO.

EXISTE LA VERDAD Y LOS MEDIOS DE CONOCERLA Y APLICARLA.

Extraño parece á primera vista que hagamos una mención

especialísima de la existencia de la verdad; pero filósofos ha habido, y hai todavía por ventura, que levantando la duda al rango de los principios, han colocado en el escepticismo la perfeccion de la ciencia. Llámense escépticos los que dudan de toda existencia, aun de la de sí mismos, y por consiguiente, de toda verdad. "Ser escéptico es dudar de su propia existencia y de la de todos los seres. ¿Qué decir de esta duda? Si ella fuese posible, seria, dice un escritor moderno, la mas profunda enfermedad de un ser inteligente, la abjuracion completa de toda fe, el sepulcro de toda verdad. Mas ninguna inteligencia, por mucha violencia que á sí misma se haga, podria llegar jamas á una duda completa, absoluta, invencible: seria anonadarse, seria esto suicidarse á sí misma..... Tal es, sin embargo, la prodigiosa degradacion de la razon humana, que de hecho el hombre puede llegar hasta el extremo de abjurar casi toda verdad, y cual fantasma de error, persuadirse que una eterna noche, un abismo sin fondo ha tragado su ser y le ha cerrado para siempre el camino de la verdad."

"Para comprender toda la monstruosidad que envuelve semejante sistema, basta considerarle en sus consecuencias: Visto con relacion á Dios, es el ateismo teórico y práctico; la negacion completa del Ser absoluto: con respecto á la creacion, la negacion completa de toda realidad: en cuanto al hombre, para el escéptico no hai pensamiento, ni amor, ni libertad, ni fuerza, ni existencia, ni causa, ni destinos, ni porvenir; sino un eterno sueño de todo su ser, la noche de un eterno sepulcro para todas sus facultades: en el orden social el escepticismo es la inercia absoluta, la muerte de la sociedad, el postrimero dia del género humano: en literatura, seria la mas profunda anarquía: en las ciencias y en las artes un vacío completo."<sup>1</sup>

Para negar la existencia de la verdad, es indispensable proscribir el verbo *ser* del mundo de las ideas, del mundo de los sentimientos y del mundo de las cosas: proscripcion imposible para todo el que tenga libre y expedito el uso de la razon. El hombre siente la verdad en su pensamiento: habla, revelando así la verdad de su pensamiento en su palabra; obra, y anuncia la verdad de su existencia en su conducta: colocado en la sociedad, afirma en su porte la verdad de los otros seres con quienes vive: sirve de las cosas que proveen á su alimento y vestido, y afirma con esto so-

<sup>1</sup> COMBALOT. *Elémens de philosophie catholique*, part. III, chap. II. Véase todo el capítulo.

lo la verdad del universo físico; quéjase, y afirma la verdad de su dolor: consuélase, y afirma la verdad de su esperanza: ora, y afirma la verdad de un Ser infinito y poderoso que dispone de su existencia: la verdad es luz, es sentimiento, es vida: negad la verdad, y forzaréis la existencia y la posibilidad á las condiciones de la nada: violencia imposible aun de concebirse siquiera, y prueba concluyente de la existencia de la verdad.

Si existe la verdad y existe para nosotros, pues que de ella vivimos, por ella nos gobernamos y á ella nos dirigimos, existen sin duda alguna medios competentes para conocerla y aplicarla. En efecto, esta es una consecuencia precisa de las relaciones que tiene la verdad con nosotros. Colocados en el universo físico, necesitamos conocer la verdad en este orden; porque de otra suerte estaríamos haciendo una travesía por entre un mundo de ilusiones y fantasmas. Testigos internos de nuestro propio pensamiento y de nuestras más íntimas afecciones, necesitamos conocer la verdad de estos pensamientos y estas afecciones mismas, á fin de elevarnos desde ellas hasta el conocimiento de la naturaleza de nuestro espíritu, el de sus leyes, el de su perfectibilidad y el de su destino; esto es, necesitamos conocer la verdad en el orden metafísico. Teniendo como en depósito una vida que no nos pertenece, y hallándonos como situados entre nuestro Creador y nuestros semejantes, necesitamos descubrir la verdad de estas relaciones, y con la antorcha de esta verdad pasar la vista por el gran código de los deberes que ligan al hombre con Dios, consigo mismo y con los demás seres de su especie: he aquí la verdad en el orden moral.

El conocimiento de la verdad en estos tres órdenes es un requisito indispensable para el cumplimiento del deber; y el cumplimiento del deber es una condición precisa, esencialísima para conseguir nuestro último fin. Ahora bien, si Dios nos ha creado para un fin, imponiéndonos la obligación de llegar á él, claro es que ha puesto en nuestras manos la facultad completa de llenar los requisitos y condiciones que presupone la consecución de este fin, y por consiguiente, que el hombre posee todos los medios necesarios para conocer y aplicar la verdad en sus diversas ramificaciones.

Baste lo dicho en clase de una prueba general, pues á su tiempo tendremos que hablar particularmente de cada sistema de medios, según las diferentes especies de verdades, y entónces nuestra asercion recibirá la plenitud más completa en el orden de las pruebas.

#### CAPÍTULO CUARTO.

EL CRITERIO, NOMBRE GENÉRICO CON QUE DESIGNAMOS EL CONJUNTO DE MEDIOS PARA DESCUBRIR Y EXPONER LA VERDAD, AFECTA GENERAL Y PARTICULARMENTE Á TODAS LAS RELACIONES DEL HOMBRE, Y POR CONSIGUIENTE AL ENTENDIMIENTO, LA VOLUNTAD Y LA LIBERTAD, AL INDIVIDUO, A LA SOCIEDAD Y A TODO EL GÉNERO HUMANO.

Ya hemos visto desde la introducción á esta tercera parte, y aun desde la referencia que á ella hicimos en el plan razonado, que el ordenado conjunto de todos los medios para descubrir, exponer y aplicar la verdad, se llama *criterio*: réstanos ahora mostrar toda la extensión del criterio, atendido su objeto. Pues bien, el criterio tiene por objeto al hombre en todas sus relaciones.

El criterio tiene por objeto la verdad; la verdad reasume todos los objetos del hombre intelectual y moral: luego el criterio afecta á todas las relaciones del hombre.

Estas se versan en el orden físico, en el orden metafísico, en el orden moral: es así que sin verdad nada puede conocerse de todos estos órdenes, y sin criterio no puede conocerse la verdad; luego el criterio afecta, volvemos á decirlo, todas las relaciones del hombre. En el orden físico tenemos necesidad de recurrir á los medios que valorizan el testimonio de los sentidos; porque de otra suerte nada podremos creer, ni pensar con seguridad ni decir con exactitud acerca de las impresiones sensibles que los objetos materiales producen en nuestros órganos, ni de las percepciones que por ellas recibe nuestro espíritu de los objetos exteriores con quienes estamos relacionados por medio de los sentidos: es así que solo el criterio determina, fija, acrisola y valoriza el testimonio de los sentidos acerca de los objetos materiales: luego el criterio afecta todas las relaciones que el hombre tiene en el orden físico.

Leyes ha de tener el sentido íntimo para saber lo que vale su dicho en cuanto pasa dentro de nosotros; porque de otra suerte la conciencia sería el somnambulismo del pensamiento, la crónica de nuestras ilusiones: es así que el criterio fija estas leyes; luego afecta las relaciones que el hombre tiene en el orden metafísico.

Las del hombre con el hombre se versan casi todas en el orden moral; y á estas relaciones del hombre con el hombre debemos por una parte nuestro comercio con todo lo pasado, y también con lo presente que se halla situado muy lejos de nosotros. ¿Porqué lo primero? porque sin el hombre no habría tradición oral, historia ni monumentos; y sin esta triple antorcha, un caos impenetrable mediaría entre lo presente y lo pasado. ¿Porqué lo segundo? porque sin este testimonio que nos da la tradición ó la escritura sobre lo que pasa en remotos países, y aun en el nuestro á esas distancias á donde ya no alcanzan ni los ojos, ni los oídos, seríamos extraños á nuestra época, extraños á la sociedad en que vivimos, extraños al resto de aquellos semejantes nuestros que forman con nosotros la generación que pasa. Mas todos estos testimonios de los hombres tienen un valor siempre relativo á su carácter intrínseco, y solo el criterio puede definir este carácter, y por consiguiente darnos la verdad en este orden de relaciones. Pero sea de esto lo que fuere, el hecho es que el criterio afecta las relaciones que el hombre tiene en el orden moral, así como las del orden físico y metafísico, como no ha mucho lo hemos demostrado: afecta pues todas las relaciones del hombre, y por tanto, todos los órdenes en que se versan el entendimiento, la voluntad y la libertad; el individuo, la sociedad y todo el género humano.

#### CAPÍTULO QUINTO.

EL CRITERIO SE DESENVUELVE EN EL MISMO SENTIDO QUE EL PENSAMIENTO Y LA PALABRA, Y ES POR TANTO INDEFINIDO EN SU CARRERA Y DETERMINADO EN SUS ESPECIALES APLICACIONES.

Pues que el criterio afecta todas las relaciones del hombre, su desarrollo seguirá la condición misma de estas relaciones diversas: es así que las relaciones son pensamiento, y nada más que pensamiento, y su radiación es palabra, y nada más que palabra: luego el criterio se desarrolla en el mismo sentido que el pensamiento y la palabra.

¿A qué se reduce toda la ciencia del hombre? á los hechos, las relaciones y las leyes. Sin relaciones no hai vista ni acción intelectual sobre los hechos, no hai concepción del deber ni conciencia de la lei. Las relaciones son un pensamiento, y nada más que pensamiento; pero un pensamiento que ha trasladado ya los hechos al orden intelectual, que

ha visto en este mismo orden las leyes. Los hechos pues, las relaciones y las leyes son los tres elementos que dominan en el pensamiento del hombre. Ahora bien, creado este para comunicarse con los otros, y necesitando esta comunicación para tocar á su destino, ha menester de entrar con los otros en una comunidad de pensamientos; comunidad cuya realización está cometida exclusivamente á la palabra. Cuando habla el hombre, ¿qué dice? una de tres cosas: ó lo que ha visto y cree, ó lo que ha percibido en el examen de los hechos, ó lo que ha comprendido en el sistema de las máximas y en la teoría de los deberes: es decir, el hombre, cuando habla, vierte un pensamiento; pero un pensamiento que no es sino hecho, relación, ó lei, ó las tres cosas juntas. Pero el hecho necesita criterio, la relación necesita criterio, la lei necesita criterio. ¿Qué se infiere de aquí? tres cosas: primera, que el criterio se desenvuelve en el mismo sentido que el pensamiento y la palabra: segunda, que no teniendo esta y aquel un término definido, sino siendo por su naturaleza progresivos, como perfectibles son el entendimiento y la lengua, el criterio es indefinible en su acción; tercera, que habiendo sujetándose los conocimientos á las tres categorías indicadas por los hechos, las relaciones y las leyes, puede aquel aplicarse con la mayor exactitud en cada uno de estos órdenes, y es por lo mismo determinado en sus aplicaciones especiales.

#### CAPÍTULO SEXTO.

CONSECUENCIAS DE LOS PRINCIPIOS INDICADOS.

De cuanto acabamos de exponer se colige, que hai un criterio general y varios criterios especiales: el primero mira en general á la verdad para descubrirla, al error para extirparle; mas los segundos conciernen á ciertas especies de verdades y á los diversos métodos de investigación y exposición que se conocen. Tócanos pues aquí hablar del primero, y clasificar los segundos.

La verdad en general es lo que es: luego el error será la negación de lo que es. Tiene aquella dos modos de existir; un modo absoluto y otro relativo. Bajo el primer aspecto la verdad se confunde con la existencia real ó posible de las cosas; y en este sentido propiamente se dice que la verdad es lo que es. El segundo modo de existir, es en el alma: bajo este aspecto la verdad puede definir-

se: la conformidad entera de nuestros juicios con las cosas tales como son en sí mismas: luego la desconformidad de nuestros juicios con ellas es el error, relativamente á su existencia mental. Propiamente hablando, el error no puede existir fuera del alma, porque fuera del alma sería la negación de la existencia y de la posibilidad, y por consiguiente la nada. En tanto el error tiene una existencia, en cuanto que el alma tiene juicios falsos: si así no fuera, el error no existiría.

El criterio, pues, no se versa sobre la verdad absoluta, sino sobre su existencia relativa en el alma: porque las cosas, para existir ó ser posibles, no necesitan criterio; pero sí han menester de él para ser concebidas como existentes, ó calificadas de posibles.

Hai pues, tres situaciones del alma con respecto á la verdad: primera, la existencia; segunda, la inexistencia; tercera, la negación. La primera constituye el conocimiento; la segunda, la ignorancia; la tercera, el error.

La ignorancia no tiene otro antídoto que el estudio: los hombres estudian, observan, piensan, para dejar de ser ignorantes.

El estudio, la observación y el pensamiento traen al alma las ideas, ejercitan sobre estas sus facultades, determinan sus relaciones. Es decir, el hombre que estudia, piensa ó observa, adquiere, enlaza, fecunda, propaga y metodiza sus ideas; en suma, sale de la ignorancia.

Su salida de la ignorancia le saca ya de la esfera de la simple inexistencia de la verdad; pues basta salir de la ignorancia, basta poseer cierto número de ideas mas ó menos bien sistemadas, para poseer algunas verdades.

Mas cuando ya el hombre posee algunas verdades, tiende á poseer otras, y en este sentido ejercita sus potencias. ¿Cuál riesgo se corre aquí? el de introducir un cisma en los dominios de la verdad: expliquémonos. Ya dijimos que esta puede ser contradicha, puede ser negada por nuestros juicios: en este caso hai por una parte existencia de verdad, y por otra negación de verdad: esto es, como si dijéramos, que andan mezclados en el entendimiento conocimientos verdaderos y conocimientos erróneos. Mas como la verdad es una en su esencia, una en sus ramificaciones, no admite contradicción en ninguna de sus partes. Luego desde el momento en que se reúne en el alma la existencia de algunas verdades parciales con la negación de otras, hai, como decíamos, un cisma en los dominios de la verdad: si hai un cisma, hai un elemento destructor, un

elemento de muerte: por esto se ha dicho que el error es peor que la ignorancia.

¿Qué medios pues para impedir este cisma? condenar por todas partes las puertas del error; mas este procedimiento será inasequible mientras el alma ignore los diversos conductos por donde suelen hácia ellas deslizarse los errores. De aquí la necesidad de comenzar tan importante tarea por descubrir las fuentes ú origen de los errores.

Como el error es negación positiva de la verdad, habrá tantas especies de errores cuantas especies hai de verdades; y por tanto, el error entra por la misma puerta por donde entra la verdad. Luego estas puertas no pueden condeñarse del todo, sino permanecer abiertas para la verdad y cerradas para el error; y como es imposible que una cosa esté al mismo tiempo abierta y cerrada material ó físicamente, el modo de conseguirlo es colocar en cada una de estas puertas un centinela vigilante y hábil que conceda ó niegue la entrada segun los caracteres con que se presente cada juicio. Este centinela, colocado y distribuido por todos los conductos del pensamiento, es el criterio. Habrá pues un criterio en el orden físico, uno en el orden moral, uno en el orden metafísico, y uno por último, en el orden lógico que centraliza todos los criterios.

En cada uno de estos órdenes hai verdades y errores: estos órdenes son diferentes; luego cada uno de estos órdenes pide criterio diferente. Coligese de aquí, que el criterio puramente físico no suple del todo al criterio moral, y viceversa. Luego no puede haber un criterio tan universal, que á todo se aplique indistintamente. He aquí porqué nosotros, partidarios del vulgo sensato que nunca se empeña en violentar la naturaleza de las cosas, léjos de fatigarnos por descubrir y sistemar un criterio universal, procuraremos estudiar la verdad en cada uno de sus órdenes, y en cada uno respectivamente fijar la causa y dar el remedio del error, estableciendo al mismo tiempo los caracteres de cada criterio, y su sistema de aplicación.

En la división general que hicimos de esta tercera parte ofrecimos hablar primero del criterio en general, de sus principios radicales y sus diversas aplicaciones; y esto es lo que hasta aquí hemos hecho: en segundo lugar, del criterio propio para asegurarse de la verdad de los hechos, y seguir con exactitud sus diversas relaciones. Tal es el objeto de la sección siguiente, consagrada por lo mismo al *criterio histórico*. Pasémos pues á ella.